



**Universidad de los Andes**  
Santiago-Chile

## Palabras del Rector al inaugurar el Año Académico 2008

Inauguramos formalmente el Año Académico 2008 con gran alegría y entusiasmo, porque los logros del último período nos alientan para acometer con mayor fuerza por el camino trazado.

La Universidad es, cada día más, una institución reconocida y valorada por nuestra sociedad. Al interés de los jóvenes por estudiar en ella, *reflejado en el creciente número de postulantes* y en el alza de los puntajes de ingreso, se suma el reconocimiento de órganos públicos, como la acreditación obtenida de la Comisión Nacional de Acreditación. Cada vez más, también, prestigiosas universidades extranjeras y nacionales aprecian nuestro trabajo y nos honran con acuerdos de cooperación e intercambio. Tras estos diecinueve años de vida podemos decir que, lejos de cerrarnos sobre nosotros mismos, nos hemos abierto a las necesidades de nuestro prójimo y hemos aportado, un poco, a la construcción de un mundo mejor, más justo y, a la vez, más digno del hombre.

Esta conciencia de las necesidades de nuestra sociedad y, por qué no decirlo, también, del mundo, nos hace ver, que es muchísimo más lo que, como universitarios, debemos hacer.

Todos conocemos los problemas morales de candente actualidad que se presentan en el debate jurídico y político. También somos conscientes de la confusión que suele darse en el análisis de materias muy relevantes, como la demografía, el derecho, la psicología y la psiquiatría. Para qué decir el impacto que produce la preocupación unilateral de algunos por el mero bienestar material y sus consecuencias de tedio, indiferencia y egoísmo. Por otro lado, no nos resulta indiferente que grandes masas de nuestros conciudadanos vivan una existencia sin Dios, marcada por notorias carencias espirituales.

En suma, junto con avanzar hacia nuestros objetivos, constatamos la necesidad de perfeccionar nuestra tarea. Se trata de no descuidar aquello que es esencial y de no apartarnos de lo más genuino de la vida universitaria.

Lo primero es, ciertamente, la docencia y la investigación. Nuestro cuerpo docente es el alma de la Universidad. Su tarea diaria, cumplida con esmero y creatividad, constituye el aporte más directo y efectivo a la formación de los alumnos. Por lo mismo, hemos de velar no sólo para que no se imponga una rutina paralizante, sino para que se perfeccionen las técnicas de enseñanza, se incorporen las metodologías más adecuadas, se vivifique la docencia con el resultado de la investigación, y se avance en el uso y manejo de las fuentes bibliográficas.

Otro tanto cabe decir de la investigación. A las recientes reformas estructurales dirigidas a potenciarla, deberán responder nuestros académicos con su natural vocación por indagar lo inteligible, con una diligencia intelectual que los lleve a situarse en la vanguardia del saber. Sin perjuicio de la libertad de cada uno para determinar las líneas de investigación a seguir, pareciera especialmente necesario avocarse hacia problemas del hombre, la familia y la sociedad, donde pueda aportarse al debate científico una visión más humana y siempre cristiana.

Así también, es deseable cada vez más, que los investigadores, con humildad y sabiduría, puedan constituir equipos de trabajo en los que integren distintas disciplinas, para ampliar la mirada y descubrir puntos de encuentro, y promuevan, al mismo tiempo, la realización de seminarios, para aunar el entusiasmo de los jóvenes con la experiencia de los mayores.

Por otra parte, requerimos renovar nuestra preocupación por los alumnos. Cada uno de ellos ha de ser el centro de nuestra tarea, para entregarle la mejor docencia y la mejor ciencia, para incorporarlo con seguridad al mundo profesional y del trabajo, pero, más aún, para enseñarle a ser mejor persona, para elevar su espíritu. Parece cada vez más urgente mostrar a nuestros alumnos la trascendencia de los valores morales y religiosos, sin los cuales la experiencia enseña que la vida humana se empobrece, la resignación campea y el consumismo se generaliza.

Por otro lado, hemos de cuidar también nuestro carácter de Universidad al servicio de la sociedad y decididamente abierta a ella. En la dinámica y cambiante sociedad en que vivimos es necesario indagar lo que se hace, lo que se investiga, lo que se requiere y lo que se difunde en otras instancias académicas, tanto para aprender e innovar como para distinguir y aclarar, conscientes de la necesidad de realizar una labor de síntesis que contribuya a la unificación de los saberes dispersos.

Quisiéramos que, desde nuestra Universidad, todos fuéramos capaces de impulsar el diálogo universitario, para promover ese bien común que trasciende los intereses individuales y hace destellar la benevolencia como donación generosa y creativa.

Finalmente, al inicio de este año académico, creo interpretarlos a todos, profesores, alumnos y administrativos, al renovar el compromiso de cada uno con la Universidad y el de la Universidad con nuestra sociedad. Tenemos en nuestras manos una fuente inagotable de recursos, un semillero de energías capaces de generar los más altos bienes – *conocimiento, ciencia al servicio de la persona, y formación humana y profesional*– y hemos de aplicarnos, para que ellos den, efectivamente, el fruto esperado.

Muchas gracias

Orlando Poblete Iturrate  
Rector  
Universidad de los Andes